

AFGANISTÁN, VÍCTIMA DE LOS ‘EJÉRCITOS HUMANITARIOS’

Entre la defunción de la Guerra fría y el nacimiento de la Guerra global contra el terrorismo, la desorientación geoestratégica mundial convirtió a la acción humanitaria en una estrella de las relaciones internacionales. La ONU y los Estados dominantes la transformaron en pieza clave de su política exterior. Unas veces sirvió para enmascarar la pasividad oficial, como sucedió en el genocidio de Ruanda; otras fue la coartada que legitimó la violencia militar, caso de la ‘guerra humanitaria’ de la OTAN en Kosovo. Durante aquellos años, muchos advertimos sobre los riesgos de la manipulación hipócrita e interesada de los principios humanitarios por parte de gobiernos disfrazados de ONG.

La Operación Libertad Duradera puso otra vez en evidencia los peligros del matrimonio militar-humanitario tanto para las organizaciones de ayuda como para las víctimas civiles. El escándalo llegó en forma de lanzamientos de bombas condimentadas con raciones ‘humanitarias’ de comida, aliñadas con violaciones sistemáticas del derecho internacional: cierre de fronteras; destrucción de mezquitas, hospitales, barrios civiles, oficinas de organismos extranjeros y almacenes de ayuda; masacres de combatientes desarmados... Pero Colin Powell pronto dejó claro que los tiempos habían cambiado y que la recién estrenada lucha contra el terror justificaba todos los medios.

En el nuevo mundo del Secretario de Estado el terrorismo amenaza a las ONG que “defienden las fronteras de la libertad”. Para la Casa Blanca “las ONG son fuerzas multiplicadoras y parte esencial del equipo de combate USA”. Se acabaron los ejércitos humanitarios y los escrúpulos legales de finales del siglo XX. Los soldados vuelven a ser soldados, los desorbitados presupuestos de defensa son más necesarios que nunca, el derecho de la guerra es un código obsoleto que hay que jubilar y las ONG no son más que un accesorio militar útil a la victoria final.

Doce meses después, en Afganistán, la coalición internacional controla los puntos de entrada de la ayuda humanitaria y dirige la distribución de la misma y los movimientos de las organizaciones garantizando la seguridad sólo donde interesa a los militares. Hoy, aviones de combate hacen saltar por los aires a los invitados a una boda. Mañana, el cuerpo de ingenieros zapadores repara canales de riego destruidos. En Kabul, soldados uniformados reparten comida desde vehículos de camuflaje. En Kandahar, soldados de civil sin armas visibles viajan en coches blancos como si fueran cooperantes y ofrecen ayuda humanitaria a cambio de colaboración.

Esta perversa impostura humanitaria confunde a los civiles y a los combatientes afganos poniendo en peligro las vidas de los cooperantes y el acceso a las víctimas. La tradicional relación de confianza entre la población local y las ONG, construida a lo largo de muchos años de trabajo en el país, se está desmoronando. Al llegar a una aldea, los lugareños reciben con recelo a los humanitarios, se preguntan si no serán militares estadounidenses en misión secreta. Temen que después del pan vengan las bombas y en varias ocasiones han rechazado la asistencia ofrecida. Los asaltantes de caminos, cada vez más numerosos, disparan primero y preguntan después, no vaya a ser que el coche con logotipo de ONG esté repleto de soldados en tejanos armados hasta los dientes.

Cuando los militares matan con una mano y desempeñan tareas humanitarias con la otra, la ayuda pasa a formar parte de la lógica bélica y el acto humanitario pasa a ser considerado un acto de guerra por las partes enfrentadas. Ello convierte a los humanitarios en ‘objetivo militar legítimo’ y limita su capacidad de actuación. La verdadera acción humanitaria independiente, neutral e imparcial, motivada tan sólo por las necesidades de la población va camino de convertirse en una víctima más del 11-S.

Jordi Raich

Analista de Médicos Sin Fronteras

Autor del libro *Afganistán también existe*